HISPANIA

VOLUME III — *May, 1920* — NUMBER 3

MISIONES LAÍCAS EN AMÉRICA

(Discurso leído ante el Capítulo Neoyorquino de la Asociación Americana de Maestros de Español el 8 de noviembre de 1919.)

Acabáis de oir la voz de la madre España por boca de uno [1] de los más cabales representantes de la agitación que hoy la inspira y transforma y de aquel inmutable patriotismo ante el cual al pasado de la patria española sólo cuadra manto de inatenuable gloria, no en gracia y homenaje de fervor filial, sino como inmaculada investidura única. Cuanto a mí, pues que el sólo merecimiento al honor de la palabra en esta asamblea, es el ser hijo de uno de los pueblos [2] que en América hablan el noble idioma propagado por vosotros en la mayor de las naciones, natural es que el mensaje sea en justificación y alabanza de vuestro esfuerzo, por cuanto acercà para la mutua empresa de lo por venir y por los medios de más íntima y superior eficacia humana, las dos mitades del mundo de la democracia.

Sabemos que, si bien no sólo de ideas vive el hombre, sólo por ellas vive vida social; que la historia tiene en más la producción y el comercio de pensamientos y la realización de éstos en obra de arte o de vida, que las vicisitudes económicas, que siempre fueron consecuencia desastrosa de alguna forma de ignorancia colectiva, que mientras tales ignorancias subsistan, aun cuando la era presente date del predicador Nazareno y no de quienes lo crucificaron, esta póstuma reverencia convencional al mártir no acallará en los labios la cotidiana plegaria del pan nuestro, ni en los corazones la inclinación a acapararlo con hambre comparable a la primitiva ancestral; a la

[1] Vicente Blasco Ibáñez. [2] Venezuela.

gula del salvaje que, ante el alimento, lo devora hasta los límites de la hartura, como si ya la tierra no fuera a producirlo nunca más, ni a brindárselo; de suerte que si el mañana fue siempre almohada de Ariel y de Don Alonso de Quijano, cada día vivido es, como lo fueran los ayeres, pasto de Calibanes y yangueses caníbalos y ferocísimos.

Sostener que la tradicional sujeción de los ideales a los apetitos es inmutable ley de la llamada naturaleza humana, es olvidar que todo progreso social ha sido un triunfo sobre aquel pretenso absolutismo del instinto y olvidar que el origen, los anales y la razón de ser de los pueblos de este continente, que ha erigido la escuela en incontrastable instrumento de redención y en fuente de igualdad y libertad civiles, confutan y anulan con el portento de su sencilla grandeza, aquella monstruosa tésis. Esta mitad del planeta revelada a la otra a la hora del Renacimiento, entre el aparato de fantásticas realidades más bellas que la fábula; anunciada por videntes, descubierta por insignes caballeros de la aventura y consagrada a la libertad y al derecho por varones cuya peculiarísima virtud común no podía haberla producido ninguna otra familia de pueblos; este hemisferio que en su ribera del Pacífico, término del Occidente, amortaja de polo a polo cada tarde el sol occiduo, como para resurgirlo a cada aurora en fúlgido mandado de nueva vida y nueva luz hacia el sopor del Oriente: esta América tiene la misión de sepultar por mano de sus maestros, a la sombra de nuestros Andes y de vuestra Sierra Nevada, el sangriento sol de la iniquidad y la mentira que presenció el exterminio de las razas autóctonas, y de hacer que de las ondas que la circundan se alce, pan de la nueva comunión, el nuevo sol del mundo.

Tal, señores, es la fe hispanoamericana, roqueña cual la vuestra, y que junta en su devoción, como a lares propios, a Washington, y Franklin, a Jefferson y Lincoln; pide aras bajo vuestros cielos para los fundadores de nuestras patrias; finca en este culto la esperanza en la consumación de la obra que a las Americas atribuye, y reniega de quien viola el credo americano, que considera uno desde las brumas boreales de Alaska a las australes de la Tierra del Fuego.

¿De dónde arranca esta fe americana, la mayor fuerza imponderable e irrepresible de este hemisferio; la mayor fuerza imponderable e irrepresible acaso de la tierra; fuerza generadora de repúblicas en todos los continentes?

Los manantiales y su caudal fueron, para vosotros, las instituciones británicas afinadas por vuestros próceres al ritmo democrático del Espíritu de las Leyes y de la más sana doctrina de los precursores liberales de la época: la población, afin y homogénea en punto de tendencias políticas y el carácter inicial de reivindicación económica que asumió vuestra brega emancipadora. En razón de estos tres factores, cuando anunció la campana filadelfa vuestra declaración de independencia, no anunciaba en realidad sino un cambio de gobierno en un pueblo ya formado con todos los requisitos de la unidad nacional y todos los elementos de grandeza moral que han hecho de los Estados Unidos pasmo y decoro de la historia.

Cuando los fundadores de este pueblo vinieron a amparar tras el Atlántico su albedrío, trajeron el señorío de su conciencia religiosa y política. La lucha por afirmarlo íntegramente en 1776, no sólo os libró, por su relativa brevedad, del "rastrojo de la gloria militar"[1] sino os abrió campo a participar de lleno en la revolución industrial provocada por el genio inventivo de aquellos días; mientras los buenos hados os franqueban paso al golfo azteca y al mar Pacífico y, sin más hiato que el de reafirmar la Unión sobre la base de la libertad e igualdad violadas en el esclavo, visteis poblarse vuestros bosques y praderas con lo más viril de la Europa, hasta haberse dicho con justicia que "un día ordinario de trabajo de los Estados Unidos vale por todas las entradas triunfales de la antigua Roma."[2]

Para nosotros las fuentes y sus raudales fueron, en lo institucional, los estatutos hispanos, estatutos de una nacionalidad que, tras ocho siglos de incesante esfuerzo épico, acababa de nacer al amparo del Dios que había peleado sus batallas contra el infiel, y del Rey, que simbolizaba la unidad de la Patria: en lo social: la burocracia peninsular gobernante; los criollos, descendientes de españoles, pero destituídos de función política, y el fondo poblador, sumiso o esclavo, formado por el residuo aborígena, los forzados de la trata y los híbridos de todas esas gentes. Cuanto a lo ideológico en la flor de la juventud criolla, las doctrinas del siglo décimo octavo y en la masa, las supersticiones de las selvas de América y del Africa, modificadas por el catecismo del Santo Oficio.

El conquistador, argonauta en pos del vellocino y cruzado apóstol de su fe, nos dejó la fecunda rebeldía de su individualismo, su campal rudeza autoritaria, la aureola del espíritu caballeresco y,

[1] Santiago Pérez (colombiano). [2] *Idem.*

cuando la tierra fecundada por él dió su propia simiente y acendró en ella, conforme a cada vario grado de sazón espiritual, aquellos vicios y virtudes, quiso el criollo con heróica temeridad el predominio de su querer y en porción completa de cielo y suelo desde las Pampas al Avila y del Caribe a los términos de la América hispana. Cuando lo alcanzó en porfía que en cierta vasta zona ardió hasta por catorce años, encontró que, dentro de la indecisa unidad nacional forjada por la independencia, florecía en caudillos la vieja semilla individualista y se iniciaba la pugna feudal por el gobierno, pugna que obstó la evolución económica y restó por muchas décadas un mundo al movimiento del progresso.

Por manera que, en el Norte, los libertadores fueron meros agentes de la voluntad de sobre tres milliones de anglo-sajones que habían resuelto montar casa aparte y propia; mientras en el Sur una escasa minoría, que aspiraba a reemplazar a Fernando VII en la explotación del vasto feudo americano y una amorfa masa servil son el rudo instrumento, indócil y renuente, de la voluntad libertadora. Acá la emancipación es remate lógico de un proceso de segmentación y los hombres que realizan esa obra impersonal son, en suma, accidentales y episódicos; allá la obra fue socialmente prematura y, en consecuencia, personalísima. Las individualidades que la inician y rematan son esenciales y creadoras. Tienen que encerrar dentro de los términos fulgurantes de la epopeya el lento proceso, apenas entonces esbozado, de formación de la nacionalidad. Por eso a la independencia del Norte basta un héroe ejemplar; en tanto la del Sur requiere uno incomensurable y sin ejemplo.

Ha de recordarse que para intentar la redención de la América Española había que divulgar el pensamiento nuevo desde Méjico a Buenos Aires, a despecho de la lejanía y de la Santa Hermandad y sin fiarlo todo a la sola virtud de la perspicuidad de las ideas. Hubo un joven, de rango y opulencia, en la expedición hispana que, al par de la francesa, vino en ansia de teñir con su sangre las rojas listas de vuestra bandera y de encender, con chispear de aceros, las pristinas estrellas de su azul. De aquí, donde estrechó la mano de Washington, llevó la sed que devoró su vida; sed de libertar el resto de la América. Y aquel misionero, rancio castellano en su fe de niño y en su abnegación caballeresca, de paso y como parte de su tarea de precursor, fue General de la primera República francesa, legó a la gloria el cuidado, que ella tuvo, de inscribir su nombre

en la más egregia piedra triunfal de Francia y, sin que un punto lo abandonaran ni lo terco del propósito, ni el constante regalo de la adversidad, inició en logias fundadas por él en Londres, Cádiz y París a los hombres que debían propagar el Evangelio de la Revolución, desde Chile al Golfo Azteca; armó su primera infeliz expedición en la ciudad de Baltimore; comandó en brevísima campaña infausta el primer ejército de Venezuela y cuando en todo el continente meridional se emprendía a un tiempo la jornada en anticipación de la cual había consumido él fortuna y reposo en treinta y más años de esfuerzo, cae devorado por su propia creación, cargado de innobles hierros, asombrando al Destino y a la Merte con la imposible altivez de su menosprecio.

Cuando cayó el Precursor quedó en pie en la muchedumbre pobladora, sierva más que del amo de su propia tiniebla interior, la instintiva indiferencia por el cambio de señores a que se la convidaba y en los militares, que aspiraban a dominarla, cundió la indisciplina. Había que crear ejércitos y nacionalidades con aquellos elementos y que hacer campaña durante once años por entre el hálito del trópico, salvando riscos y montañas practicados acaso apenas por el indio, y que destruir una y otra vez con escasa gente bisoña cerradas huestes veteranas, hasta crear, en una haz de millones de leguas, cinco nuevas soberanías y había que adecuar normas de justicia a aquel dilatado caos. Mientras los discípulos del Precursor emprendían la jornada en el sur, otro joven de hacienda, pergaminos y visión llega a Cartagena de Indias inerme, derrotado, impecunio, y se anuncia con estas palabras: "Milagrosamente escapado a las ruinas físicas y morales de la infeliz Caracas, vengo a traeros la libertad." Desconocido al principio por indómitos u obscuros émulos; a la postre O'Higgins y san Martín, libertadores del Sur, consideraban a honor servir bajo sus órdenes, y Lafayette, al presentarle una reliquia de Washington, le escribía: "No a otro sino a vos, entre los hombres que viven, y aun entre todos los de la Historia, hubiera preferido ofrecerlo mi paternal amigo." Era que tras once años de triunfos y reveses portentosos pudo decir a sus solados y les dijo: "Habéis dado la libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. . . . La causa de los derechos del hombre ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores." Desde 1815 había predicho el curso de la evolución de las naciones hispanoamericanas y tuvo siempre la

"esclavitud por la infracción de todas las leyes"; la "igualdad por base sin la cual perecen todas las libertades," y por "gobierno más perfecto aquel que proporciona la mayor suma de bienestar, de seguridad social y de estabilidad política." Juzgó que "Moral y luces, son los polos de la República" y que el equilibrio había de buscarse en "moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública." En las constituciones que recomendó se proponía mantener este equilibrio mientras se realizaran tras varias generaciones, "por la inmigración europea y la del Norte y por la escuela gratuita una metamorfosis en los pobladores" y surgiera "por una nueva casta de todas sus razas" la homogeneidad del pueblo y la capacidad para el ejercicio de la democracia. A fin de resguardar las naciones creadas contra amagos de la Santa Alianza y de futuros riesgos, convocó a las Repúblicas del hemisferio a crear el aficcionado de América, en Panamá, cuyo mayor objeto era el de "arbitrar medios de mantener la paz en lo futuro entre las naciones americanas entre sí y con el resto del mundo."

Y cuando cayó el Grande de la América, devorado por su propria obra, remató, con el consejo de "Unión, unión" a los pueblos de Colombia, el credo mesiánico de este hemisferio, credo, que, en cuanto a la porción española toca, nació, como veis, en la aspiración de Francisco de Miranda y cobró amplitud continental y alma que *forse non morra,* en la obra y palabra de Simón Bolívar.

Eliminado el dominio español sobrevino el período feudal. Donde la lucha emancipadora fue más breve, más homogéneo el fondo poblador, más concentrado el núcleo dirigente, robustos centralismos u oligarquias emprendieron la tarea reconstructora y, donde el clima atrajo el elemento europeo simplificaron los problemas la inmigración y el comercio y el progreso fue más acelerado y rítmico. En la medida en que fueron más adversos aquellos factores se prolongó la gresca y greña por la explotación de las peonadas, que todos convenían en llamar pueblo y que no tenían más cohesión entre ellas, fuera de la costumbre del suelo y de la convivencia, que la del tributo pagado en especie o en faena corporal al exactor, o en sangre, por el reclutamiento, al recaudador en ejercicio, o al que pretendiera relevarlo.

Del espanto de aquellos abismos vienen estos pueblos hambrientos y sitibundos de libertad, con la fe de que os hablaba hace unos instantes; fe no solo inextinta, sino tan firme que es como la en-

traña de su vida intelectual, y el fervor con que se la ama, proporcionado a lo que por ella se ha sufrido, crece con lo tremendo del sacrificio. Si algún ejemplo fuere menester, sea permitido citar el de aquel país que, por sobre todos los demás, abrió campo a la doctrina libertadora en las tierras del Sur y la armó con la espada de la victoria: Atalaya del continente meridional, celado del Océano por los restos de la Atlántida y primero en revelar al gran Almirante la Costa Firme de la América, país en cuyo suelo la leyenda situó un tiempo el Dorado y señaló más tarde la Historia las cumbres donde el mito forja los dioses: Venezuela, la que de su Caracas dió a Miranda, a Bolívar y tanta ofrenda más, cual los Cristos bajo sus cruces, jadeó y flaqueó durante generaciones al peso del holocausto. Por eso en el fondo leyendario de la cociencia de los hispanoamericanos, en la inspiración de sus poetas, en cuanto expresa y refleja su espíritu, vive la creencia de que es función histórica, casi diríase función cósmica de la América, tender al advenimiento de una era de Derecho y ponerse al servicio de su realización dentro de la sórdida realidad de la vida internacional que desató el reciente diluvio de sangre aun no estanca; vida que consideran paralela a la feudal en cuanto tiende a ser brega de caudillos y oligarquias por el predominio en la exacción y recaudación del tributo del planeta.

Y ocurre pensar qua cuando toda esta aparente vaguedad milenaria flota como el espíritu del porvenir sobre las naciones, cuanta agencia promueve el acercamiento espíritual de los pueblos de América, promueve el bien del mundo por la mera conjunción de simpatías y fuerzas que sólo el calificativo de americanos comprende y explica. La más sutil y activa de estas agencias de confederación moral es la propagación del idioma entre pueblos de habla diversa e identidad de supremos intereses comunes. Porque el lenguaje, como cosa viva que es, lleva en sí la vibración del conjunto humano que lo habla, y al revelar su pensamiento y su aspiración, por sus anales y letras, revela con el evangelio de la palabra fraterna tras el erizado celemín de las fronteras, tantas veces relicarios de odios la íntima luz de aquella otra conciencia amiga, la lumbre de aquel otro hogar humano y queda hecha la comunión por la empírea alquimia psíquica a que aludió Pascal cuando dijo "que el corazón tiene razones que la razón ignora." Y por eso quienes hermanan no son los políticos, es decir, los de profesión y regla, no los de excepción, así ejerzan dentro o fuera del predio, sino los maes-

tros, que no merecen nombre de tales sino iluminan sendas de libertad y harmonía. Y es que aquella suerte de políticos, ni habla en realidad sino el dialecto de su mundillo de intereses enemigos de los del vecino; dialecto de un mundo hechizo enquistado en el mundo real del dolor, el amor y la esperanza de los hombres; ni se ingenia por descubrir mas alma en los pueblos, sino aquella picaresca y mercenaria del Licenciado Garcías, desenterrada según Gil Blas en el camino de Peñafiel a Salamanca; de ahí que apenas si alcanzan a crear asociaciones transitorias y falaces espejismos de cohesión amiga: Hermanan y fundan sobre ejes adamantinos quienes revelan la májica transmutación de valores que introduce como a casa propria, en América, al devoto del excelso Lincoln en la capilla donde tiene altar Sucre el inmaculado; y descubren el templo que abriga entrambas aras y junta en su dombo el incienso que de ellas sube, cual homenaje de común reverencia a la misma deidad tutelar y redentora.

Misión de libertad trajo a esta tierra a Lafayette, el cruzado, y a Miranda, el catecúmeno, que de aquí llevó la chispa con que sus discípulos difunderion el incendio acrisolador de 1810. Lafayette y 1776 no fueron ajenos a la conflagración de 1889. Sarmiento, el sembrador de la luz y la cultura creadoras de la Argentina contemporánea, fue de entre vosotros de donde llevó al magnífico solar paterno el secreto de vuestra escuela primaria; la palabra del maestro venezolano Andres Bello fue como quilla de la mente chilena que, en sus lineamientos, pareciera emular los de sus Andes. De la suma de todas esas misiones laicas resultó la conciencia de esta América, que ha sido desde su aparecimiento influencia predominante en los rumbos de la evolución humana; y los verdaderos iniciadores de la campaña interrumpida por el Tratado de Versalles, fueron los apóstoles que en Bunkerhill, en Maipú y en Ayacucho rompieron todo posible equilibrio entre las viejas instituciones rapacísimas y las pautas de libertad y respeto a lo ajeno que reclama la América.

Nunca fueron esas misiones más precisas que en la crisis que nos agita. Las doctrinas del siglo XVIII, vencedoras de la reacción medioeval, han dado su floración de repúblicas sobre el vasto cementerio del derecho divino y surje ahora del perpetuo hervidero del progreso el fermento de las ideas cooperativas del siglo vigésimo, nuncios de aquel aun remoto futuro igualitario y fraterno ansiado por los reformadores franceses, por vuestros cuáqueros y por el

Hijo del Hombre. Pero otra vez el choque entre los extremistas amaga soliviantar y romper la obra de las fuerzas constructivas de la especie. El sistema que ha aniquilado todas las antiguas civilizaciones y amenaza la presente, es el de odios y codicias que lanza unas clases contra otras unas contra las otras a las naciones y, se afirma de continuo, que la última palabra de la sabiduría es declarar inalterable aquel régimen, porque los instintos ferales y rapaces son ley fatal de la sociedad y la vida, y parte misma de la naturaleza y sér del hombre. Si ya en otro orden de investigación creyó descubrir el sociólogo Ferri síntomas de arterio-esclerosis en el organismo judicial; esta negación de aptitud para el progreso moral, esta asimilación del hombre a las demás bestias de presa, pareciera señal clara de peores desórdenes en la mentalidad y conciencia de las sociedades que tal declarasen.

En esta porción del planeta, donde está consumándose la metamorfosis étnica prevista por el Libertador, se atribuye a la ciencia, no a la garra, el destino de la humanidad. De la fusión y afinamiento de cuanta variedad de los hombres puebla la tierra, surge, a la caricia de todos los climas, pletórica de savia nueva y de proeza y virtud adolescentes, una raza americana que, no por pacto con Mefisto, sino con la libertad, es primavera de los siglos y es juventud del mundo. Sostiénese que si pudiera hacerse concurrir lo más generoso del espíritu de todos los pueblos y sus mejores cerebros a desatar el nudo de la producción y distribución de los frutos de la naturaleza y de la industria por modo que, sin esfuerzo agotador, a todos alcance y baste, se disiparían los presagios de tormenta que están arremolinándose sobre la civilizacion, y es el caso que, en la gente americana, se realiza esa concurrencia del genio de todas las razas, cual en foco y vértice del arte y la ciencia que han de proclamar como fácil prodigio el secreto de multiplicar los panes hasta colmar el ansia de todos los hambrientos.

Las viejas doctrinas condenan lo porvenir a ser simple reflejo del pasado, inútil trabajo de sangre y miseria por llevar la roca a lo alto del monte, para verla despeñarse en tumbos de muerte y estrago. Conforme a esas doctrinas ha de trasladarse a este continente el teatro del despojo y el campo de carnicería de todas las razas de los hombres. En la noche de esta catástrofe, tras los esplendores y sombras del más siniestro de los crepúsculos, la urdimbre deshecha y ultrajada de la cultura greco-latina tejida en tantos siglos pasaría

al Oriente, cual miserble trofeo de la trájica incapacidad del mundo cristiano para la vida del Derecho.

Las nuevas doctrinas viajan en alas de otra fe: al cuervo carroñero del Arca, prefieren la colomba de un nuevo Paracleto. Los misioneros de la palabra que, con la propagación del idioma, estimuláis, por el comercio intelectual, la mejor comprensión del leal y fraterno espíritu de los pueblos, abrís caminos de luz a las democracias de América para revelarse a si mismas lo íntimo de la comunidad continental realizada en un credo que a todos salva y a ninguno daña, y lo inconfundible de la identidad de su función y responsabilidad históricas en promover, siquiera sea con el mero ejemplo, la amiga cooperación de los pueblos del otro lado de los océanos.

A esa luz descubriríamos todos que mitad de la tierra habla un idioma único, del cual son aladas lenguas simbólicas las veintiuna banderas de sus democracias, y que la misión de cuantos la amamos es propagarlo; entonces la campana sagrada de Filadelfia podría anunciar la hora de una nueva edad del mundo, no angélica, pero no bestial, y el pujante entusiasmo de estos hombres de las Américas, encendedores de estrellas, realizaría la deslumbradora visión boliviana de una América: "sentada en el trono de la libertad, coronada por la gloria, empuñando el cetro de la justicia, que sirva de lazo, centro y emporio a la familia humana y muestre al mundo antiguo la majestad del nuevo."

C. ZUMETA